

El «caso» de Lázaro de Tormes, todo problemas

Antonio Rey Hazas

Universidad Autónoma de Madrid

A modo de introducción

No sabemos quién escribió el *Lazarillo de Tormes*, pese a los numerosos investigadores que han rastreado las huellas de su hipotético autor¹, lo que dificulta aún más la interpretación de un texto ya de por sí suficientemente complejo y enmarañado. Sólo arriesgando mucho, podemos entrever algunos trazos supuestos del perfil de su autor, sin seguridad alguna, claro está, a partir de lo que el texto permite inducir. Debía de ser toledano, o vivir en Toledo, por la familiaridad que muestra con la ciudad y con diferentes lugares del reino de Toledo, como Almorox, Escalona, Maqueda, Torrijos y La Sagra. Posiblemente, clérigo, a juzgar por las referencias constantes a la liturgia católica, que demuestran una considerable familiaridad con ella. También, seguramente, un humanista, un intelectual culto y erudito, a veces cercano al erasmismo, por el sentido reformista de sus críticas anticlericales y por la dudosa ejemplaridad de subir «siendo bajo» que ostenta el héroe, como otro Tulio en versión burlesca. Probablemente, fuera además de origen converso, a causa de su visión crítica de la honra hereditaria y del interés por el problema morisco que muestra la ascendencia de Lázaro². Nada sería de extrañar, en fin, que fuera un canónigo de la catedral toledana, quizá profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, como algunos de ellos, tal vez miembro del círculo

¹ BATAILLON, M., se lo atribuyó a Fray Juan de Ortega —*Novedad y fecundidad del «Lazarillo de Tormes»*, Anaya, Salamanca, 1968—; GONZÁLEZ PALENCIA, A., y MELE, E., a don Diego Hurtado de Mendoza —*Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*, III, Madrid, 1943, pp. 206-222—; MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., a Sebastián de Horozco —*Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Alfaguara, Madrid, 1968, pp. 67-137—; RICAPITO, J., a Alfonso de Valdés —ed. del *Lazarillo*, Cátedra, Madrid, 1976—; ASENSIO, M. J., a su hermano Juan de Valdés —«La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», *HR*, XXVIII, 1959, pp. 78-102—; MARASSO, A., pensó en Pedro Rúa —*Estudios de literatura castellana*, Buenos Aires, 1955, pp. 157-186—, y RUMEAU, A., en Hernán Núñez —*Le «Lazarillo de Tormes». Essai d'interprétation, essai d'attribution*, París, 1964—, por no mencionar más.

² CLAUDIO GUILLÉN, «Los silencios de Lázaro de Tormes», en *El primer Siglo de Oro*, Barcelona, 1988, pp. 98 y ss.

intelectual de los Plinianos de Toledo —recuérdese que el primer autor mencionado en el prólogo es Plinio—, y por ende próximo a los Vergara, profesores de griego en la mencionada Universidad, o a Álar Gómez de Castro, también pliniano, docente universitario y magnífico escritor de epístolas latinas —no olvidemos que el *Lazarillo*, además de una autobiografía, es también una carta—, que contaba entre sus miembros aristocráticos con el conde de Fuensalida y el conde de Orgaz, entre otros. Es posible, en tal contexto, que la novela surgiera como protesta y como crítica, al calor de la polémica habida entre el cardenal Siliceo y sus canónigos, muchos de los cuales eran conversos, y que dio lugar a los tristemente célebres Estatutos de Limpieza de Sangre. Con todo, ¡quién sabe!

La fecha de composición también ofrece muchos problemas y dudas, ya que las referencias de cronología interna son contradictorias y no aclaran demasiado las cosas. Lo que podemos decir es lo siguiente: desde que Lázaro dice ser «niño de ocho años», con ocasión de la muerte de su padre «en la de los Gelves», hasta que concluye su autobiografía «el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne cibdad de Toledo entró, y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas», pasan, seguramente, unos 16 ó 17 años, por más que el tiempo novelesco no esté precisado en la obra. «La de los Gelves», por tanto, debió de ser la ambiciosa expedición militar de 1510, al mando de don García de Toledo, que pretendía iniciar la conquista de África y fue un desastre total, tristemente famoso por ello, como cree M. J. Asensio, y no la de 1520, como pensaba Bataillon³, simple operación de limpieza de piratas. En consecuencia, las cortes de Toledo deben ser las de 1525, verdaderamente victoriosas y festivas, tras la triunfal batalla de Pavía sobre los franceses, con el propio rey Francisco I de Francia preso en Madrid, que además accedieron a las peticiones económicas de Carlos V; y no las de 1538, tras la paz de Niza, que no suponía éxito alguno para España.

Sin embargo, estas precisiones cronológicas no ocultan que el *Lazarillo* se escribió muy poco antes de su publicación, en torno a 1550, y no hacia 1525, fecha en la que, hipotéticamente, acaba la autobiografía, como podríamos suponer. Posiblemente, haya un deseo de alejar en el tiempo la vida del pícaro, para atenuar su carácter marcadamente conflictivo y crítico. De hecho, las últimas palabras de la autobiografía, las que aluden a la entrada en Toledo de «nuestro victorioso emperador», dicen: «como Vuestra Merced habrá oído», aludiendo a algo pasado, que el destinatario de la epístola no vio, porque entonces no estaba en Toledo, suponemos, y ahora, tiempo después, probablemente sí. El propio Lázaro asegura además, refiriéndose a sí mismo, que en ese «tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna». *Estaba*, dice, también en pasado para resaltar la distancia —¿de 25 años?— que ha transcurrido entre el final de su autobiografía y el momento en que la escribe, hacia 1550, a lo que creo. El alejamiento temporal pretendía, sin duda, mitigar la dura crítica anticlerical de la novela,

³ Vid. los trabajos citados en la nota anterior.

distanciándola, dándole la apariencia de ser algo del pasado, una historia ya vieja, para que no pareciera, como era, presente y viva. Además de, seguramente, dar tiempo a la formación plausible de Lázaro como escritor capaz de alcanzar la gloria artística que cimentara su ascenso biográfico. Aunque esto último, como dice Claudio Guillén, forma parte de los «silencios» de Lázaro.

Sea como fuere, lo cierto es que la obra se hace eco de una polémica habida entre fray Domingo de Soto y fray Juan de Robles hacia 1545, en torno a la reforma de la mendicidad promovida cinco años antes, como estudió F. Márquez Villanueva ⁴. Más aún, el *Lazarillo* es obligadamente posterior a 1546, año en que el ayuntamiento de Toledo promulgó una ordenanza que obligaba a salir de la ciudad a todos los pobres foráneos que vivieran en ella, como registra nuestra obra y verificó A. Redondo ⁵. De modo que la novela se escribió muy poco tiempo antes de su publicación, hacia 1550-1551, porque es seguro que hubo un original impreso y alguna que otra edición, anteriores a las que conservamos, a juzgar por el reciente descubrimiento del texto impreso en Medina del Campo.

Sobre el «caso» y «Vuestra Merced»

Nuestra novela plantea además otros problemas ya desde el principio, pues, no obstante ser una carta, lo que implica su pertenencia al terreno de la comunicación íntima y personal, rompe pronto las fronteras de la comunicación privada y se dirige al ámbito público ⁶, a todos los lectores: «Yo por bien tengo que cosas tan señaladas [...] vengan a noticia de muchos.» A renglón seguido, sin embargo, cambia de signo y conduce a los lectores, ya desde el prólogo, a situarse en el lugar de Vuestra Merced, y así, no sólo a consumir su lectura, sino a ser partícipes de ella en la misma medida en que lo es el destinatario concreto de la epístola autobiográfica ⁷. Una vez dirigidos los lectores hacia la adopción del punto de vista de Vuestra Merced, la novela alcanza toda su riqueza significativa, a la vez privada y sin perder ámbito público, en un ejercicio narrativo espléndido y de gran modernidad.

El *Lazarillo* es, simultáneamente, una autobiografía y una carta, dado que es la respuesta epistolar a una petición previa, asimismo en forma de carta, que le han hecho a Lázaro de Tormes. Por eso dice en el prólogo:

Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona,

⁴ Art. cit.

⁵ «Pauperismo y mendicidad en Toledo en época del *Lazarillo*», en *Hommage des hispanistes français a Noël Salomon*, Barcelona, 1979, pp. 703-724.

⁶ Sobre estas cuestiones, vid. RODRÍGUEZ, J. C., *La literatura del pobre*, Granada, 1994.

⁷ IFE, B. W., *Lectura y ficción en el Siglo de Oro*, Barcelona, 1992, pp. 49 y ss.

y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto ⁸.

Esto nos plantea tres preguntas: ¿qué es el caso?, ¿quién es Vuestra Merced? y ¿cómo entiende Lázaro la solicitud?

A vueltas con el «caso»

El *caso* se menciona expresamente al final, en el tratado VII, cuando el pícaro dice «hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el *caso*», y se refiere, en consecuencia, a la peculiar relación sexual, amigablemente compartida, que existe entre Lázaro, su mujer y el arcipreste de San Salvador, dado que es obvio que su mujer, antigua barragana del sacerdote, que ya antes de casarse con el antihéroe «había parido tres veces», sigue haciendo y «deshaciendo» la cama del clérigo, pese a su matrimonio, o mejor, amparada de murmuraciones por él. Ésta es la situación, lo que Rico llamó *ménage à trois*, complacientemente aceptada por el marido.

Sin embargo, lo que podía llamar la atención de alguien en el Toledo de mediados del siglo XVI no era que un clérigo hubiera casado a su manceba con un pobre desgraciado para seguir acostándose con ella, ya que esa situación era muy común, tanto, que hasta las Cortes se habían visto obligadas a intervenir:

Declaramos que ninguna mujer casada pueda decirse manceba de clérigo, fraile ni casado, salvo seyendo soltera, y tenida por el clérigo por manceba pública; y que la tal mujer casada no pueda ser demandada en juicio ni fuera de él, salvo si su marido la quisiere acusar —reza la Pragmática de Sevilla, 1491—. Y porque se dice que algunos casados consienten y dan lugar que sus mujeres estén públicamente en aquel pecado con clérigos, mandamos a las nuestras Justicias que [...] ejecuten en ellos las penas en que hallaren que según Derecho han incurrido ⁹.

Por tanto, los maridos cartujos, como Lázaro de Tormes, tampoco estaban a salvo de una ley que perseguía sobre todo a las mancebas de clérigo, con independencia de que ellos las acusaran o no, pues la Pragmática de 1503 prescinde de tal exigencia denunciatoria:

Por cuanto muchas veces acaesce que, habiendo tenido algunos clérigos algunas mujeres por mancebas públicas, después, por encubrir el delito, las casan con sus criados, [...] mandamos [...] punan y castiguen las tales mujeres, [...] aunque sus maridos no las acusen

⁸ Todas las citas, a partir de ahora, se refieren a mi edición del *Lazarillo de Tormes*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; que sigue el texto de Medina del Campo, 1554.

⁹ *Novísima Recopilación*, Tit. XXVI, Ley IV, p. 420.

[...] y mandamos que ningunas mujeres sospechosas [...] no estén en casa de clérigo alguno, aunque sean casadas ¹⁰.

Como dice V. García de la Concha, «es obvio que el arcipreste de San Salvador conocía muy bien esta legislación», y, dado que mantener soltera a su barragana habría resultado peligroso, «de acuerdo con la Pragmática de 1503», decidió casarla y «no albergarla en casa, sino tenerla próxima, en una *casilla par de la suya*». Buscó para ella un marido adecuado, consciente del «provecho» que obtenía y del peligro legal que amenazaba su situación, que fuera discreto y complaciente; y lo consiguió a plena satisfacción. «Para mayor seguridad, Lázaro aparecerá como marido que rechaza las acusaciones que las “malas lenguas” vierten sobre su mujer. En consecuencia, se despeja cualquier obligación jurídica de denuncia» ¹¹.

La situación era tan frecuente en Toledo hacia 1525, que Andrea Navagero, el embajador de Venecia, decía en su *Viaje por España* que «los amos de Toledo y de las mujeres *precipue* son los clérigos, que tienen hermosas casas y gastan y triunfan, dándose la mejor vida del mundo sin que nadie les reprenda» ¹². El *ménage à trois*, por tanto, no sorprendía a nadie. En consecuencia, por sí solo, no constituye el caso, ya que se trataría, como dice V. García de la Concha, de «un caso irrelevante y tópico» para la época, reseñado con normalidad en numerosos textos contemporáneos. El *caso*, lo extraño, lo inusitado, lo que deja pasmado a Vuestra Merced y atrae su interés, es la presunción de honra y la ostentación de ascenso que hace el antihéroe a contrapelo de todo y de todos. De una parte, a pesar de sus cuernos y de su deshonor, evidentes para todos, Lázaro de Tormes sostiene, jura y perjura, incluso por la hostia consagrada, que tiene honra y que la suya «es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo». Esto sí que era pasmoso y admirable para cualquiera: que el pícaro siguiera insistiendo en su honra, a pesar de estar completamente deshonorado. Se trata, pues, de un extraordinario caso de honra equivocada: eso le piden que cuente. De otra, y simultáneamente, el caso consiste en que Lázaro asegura encontrarse en ese mismo momento «en la cumbre de toda buena fortuna», en el mejor estado y más satisfactorio posible para él, y se pone como ejemplo de los que han sido capaces de subir «siendo bajos». Lo cual, sin duda, también forma parte del complejo y llamativo «caso» de honra, porque sin honor no hay ascenso, además de que este mismo resulta inaceptable para cualquier lector de la época, dado que Lázaro no es más que un pregonero cornudo. Desde el principio, en fin, «la primera mención de Vuestra Merced aparece ligada a un propósito de ostentación que [...] se convierte en punto de vista articulador del íntegro relato» ¹³.

¹⁰ *Novísima Recopilación*, Tit. XXVI, Ley V, p. 421.

¹¹ *Nueva lectura del «Lazarillo»*, Madrid, 1981, p. 30.

¹² *Viajes por España*, Libros de Antaño, VII, Madrid, 1879, pp. 256-257.

¹³ Dice GARCÍA DE LA CONCHA, V., *Nueva lectura del «Lazarillo»*, p. 74.

«Para mí —dice D. Ynduráin—, lo que Vuesa Merced pregunta a Lázaro es cómo ha llegado a la cumbre de toda buena fortuna»¹⁴.

Podría suceder, sin embargo, y como cree A. Ruffinatto, que la epístola previa de Vuestra Merced no fuera expresamente dirigida a Lázaro de Tormes, dado que él no dice «*me* escribe», sino «*escribe se le escriba*», y dado que, asimismo, V. M. parece no saber quién es Lázaro de Tormes, por lo cual el pícaro comienza su autobiografía aclarándose: «Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes». Y es que el crítico italiano piensa que debe tratarse de una «*pesquisa*» jurídica, dirigida quizá al cabildo catedralicio, para indagar sobre el matrimonio de la barragana de un clérigo con un marido complaciente, lo cual constituía, como sabemos, un delito en la época¹⁵. El problema estriba en saber por qué contesta Lázaro, si no se dirige a él, y cómo le llega la demanda judicial, dado que podríamos pensar que el arcipreste de San Salvador se la transmite, pero no parece probable, ya que resulta plenamente inculcado en el asunto y sale muy perjudicado de la hipotética respuesta jurídica. La hipótesis, en consecuencia, aunque muy sugerente, no parece sostenible. Aparte de que el castellano del siglo XVI no exige que diga «*me* escribe se le escriba», y permite la desaparición del pronombre. Ya Harry Sieber pensó en la posibilidad de que Vuestra Merced fuera una persona relacionada con la administración de justicia, que hiciera algún tipo de *pesquisa* legal, por lo que Lázaro se vería obligado a responderle con presteza, como hace, dando por sentado que se dirige a él, tal y como ha entendido la mayoría de la crítica, y no a persona interpuesta¹⁶. Con todo, la interesante posibilidad de que el *Lazarillo* sea la respuesta a una *pesquisa* judicial, dado que hay motivos para ella, choca con el hecho de que, jurídicamente, como hemos dicho, no hay posibilidad de denuncia, pues todo se mantiene, aunque en equilibrio inestable, dentro de la ley. Sí hay, en cambio, motivos sobrados para una «*pesquisa*» literaria que, al rozar lo legal, tiene aún mayor interés para el lector y para Vuestra Merced, aunque se haga años después de los sucesos.

Lo cierto es que sobre Vuestra Merced apenas sabemos nada, y únicamente por conjeturas podemos suponer que se trata de alguien de superior categoría social y moral, de algún noble, quizá, o de algún jurista, aunque lo más probable es que se trate de un clérigo destacado de la catedral toledana, de un canónigo, deán, magistral o algo semejante, por el contexto anticlerical de la obra. En cualquier caso, es de superior jerarquía al arcipreste de San Salvador, ya que el texto dice claramente, en el tratado VII: «el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y *servidor* y amigo de Vuestra Merced». Y es también su amigo, por lo que podríamos inducir que le interesa la situación de caso únicamente en la medida en que afecta a su amigo el arcipreste, no por lo que se refiere a Lázaro, aunque el pícaro no lo entienda así¹⁷.

¹⁴ «El renacimiento de Lázaro», *Hispania*, 75, septiembre de 1992, núm. 3, p. 478 b.

¹⁵ «Revisión del caso del *Lazarillo*», en prensa en *Edad de Oro*, XX, UAM, 2000.

¹⁶ *Language and Society in «La vida de Lazarillo de Tormes»*, Johns Hopkins University Press, 1978.

¹⁷ Como piensan HITCHCOCK, R., «Lazarillo de Tormes and "Vuestra Merced"», *MLN*, 1961, pp. 264-266, y DEYERMOND, A. D., *Lazarillo de Tormes. A Critical Guide*, Londres, 1975.

Nuestro héroe, por su parte, toma una decisión importante, ya que sabe muy bien qué le han pedido que cuente y qué le interesa a su demandante: únicamente el caso extraño de honra trastocada y medro social que sucede al final de su vida. Sin embargo, decide no relatar sólo el caso —«no tomalle del medio sino del principio»—, sino también toda su vida, «porque se tenga entera noticia de mi persona»; esto es, porque él cree que el caso está íntimamente relacionado con el discurso completo de su existencia. Y, al interpretarlo y hacerlo así, Lázaro adopta un punto de vista diferente al de Vuestra Merced, con lo cual, en la estructura de la obra, hay dos interpretaciones diferentes del caso, la del protagonista-narrador y la de Vuestra Merced, pues una cosa es lo que le preocupa a éste y otra lo que le interesa a Lázaro, por más que los dos confluyan en el mismo punto.

En verdad, por tanto, hay dos casos, y no uno solo, ya que hay dos puntos de vista diferentes sobre él; y ambos actuando decisivamente en la novela, pues Lázaro hace constantes referencias en su carta autobiográfica a Vuestra Merced, destinatario de la misma, a quien pretende convencer de su ascenso social y de «cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos» (tratado I), y ello porque el designio que le lleva a narrar toda su vida va unido al caso, forma parte de él, para Lázaro, pero no para Vuestra Merced: «y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto». Dos casos, en fin, dos maneras diferentes de interpretarlo, confluyen en esta genial novela anónima.

De ahí la forma epistolar, para que estén presentes los dos puntos de vista, por más que uno sea mudo, el del interlocutor, el del destinatario, ya que, pese a su mudez, tiene un significado fundamental, y actúa, y está presente y vivo, como contraste del punto de vista de Lázaro, en choque con la perspectiva del narrador. Como dice Carmen Martín Gaité: «las historias son su sucesión misma, su encenderse y surgir por un orden irreplicable, el que les va marcando el interlocutor, aunque no interrumpa, es según te mira, ahora las desvía por aquí, ahora por allá, a base de mirada, y nunca dan igual unos ojos que otros; el que oye, sí, ése es quien cataliza las historias, basta con que sepa escuchar bien»¹⁸. No olvidemos que el *Lazarillo* es, en cierta medida, «una epístola hablada», como pensaba Claudio Guillén, aunque sea «con términos algo contradictorios, porque parece que escuchamos, de hurtadillas, la confesión dirigida por Lázaro al amigo de su confesor»¹⁹.

Vuestra Merced, sea quien fuere, es un individuo con honra que representa, en cualquier caso, el concepto habitual del honor en la época, y no entiende la deformación invertida a que lo somete Lázaro; para éste, en cambio, dicha inversión de la honra tiene una explicación clara, que se encuentra en el transcurso de toda su vida. Vuestra

¹⁸ *Retablas*, 2.ª ed., Barcelona, 1981, p. 100.

¹⁹ «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», en *El primer Siglo de Oro*, Barcelona, 1988, p. 54.

Merced, de elevada posición social, tampoco entiende el ascenso de Lázaro de Tormes, ni ve su «cumbre de toda buena fortuna». De este modo, el pícaro somete su autobiografía y su punto de vista a otro muy distinto, que debe juzgarlo, aceptarlo o rechazarlo, y constituye, en consecuencia, la clave interpretativa de la novela.

Este punto de vista normal sobre el honor no se sitúa en el mismo plano social que el de Lázaro, ya que su categoría y su jerarquía son evidentemente superiores a las del antihéroe. Ello quiere decir que la autobiografía no se dirige, como carta, a los de la misma clase social y moral que Lázaro de Tormes, sino a los de rango superior, a los que de verdad tienen honra, directamente implicados por la ostentación final que el pícaro hace, equivocada y erróneamente, de la suya. Así, en virtud de un esquema novelesco genial, la perspectiva de escritura de Lázaro es vertical, va de abajo a arriba, en términos sociales y temáticos, mientras que la perspectiva de lectura, al contrario, va de arriba a abajo. El choque interpretativo, por ende, y a tenor del módulo narrativo, es total: difícilmente los lectores aceptarían lo que sostiene el pícaro. Porque el lector habitual del siglo XVI —aparte de que lo más lógico es que fuera honrado o se moviera en el entorno de la honra, en cualquier caso, porque los demás apenas sabían leer²⁰— se ve obligado a situarse en la perspectiva de Vuestra Merced, por obra del magistral diseño novelesco de la obra, y, así, a replicar y enfrentarse dialécticamente con el punto de vista de Lázaro. De este choque, de esta interacción surge la interpretación de la novela. Por tanto, y con independencia de quién sea en verdad Vuestra Merced, lo cierto es que su presencia en la novela no sólo es el pretexto verosímil que produce el texto narrativo, al originar la respuesta epistolar y autobiográfica de Lázaro, sino también, y sobre todo, una creación inexcusable del texto mismo de la novela, que le crea por necesidad literaria, por la necesidad narrativa de implicarle en el caso y de situar al lector en su lugar²¹. Y es que, como dice Carmen Martín Gaité: «el narrador literario las puede quebrar (las limitaciones de la realidad), saltárselas; puede inventar ese interlocutor que no ha aparecido, y, de hecho, es el prodigio más serio que lleva a cabo cuando se pone a escribir: inventar con las palabras que dice, y el mismo golpe, los oídos que tendrían que oírlas»²². Así lo hizo el genial y anónimo autor del *Lazarillo*.

La composición novelesca

«La redacción del *Lazarillo* es ante todo un acto de obediencia»²³, pero Lázaro de Tormes, aunque obedece, decide que tengamos «entera noticia de su persona», e incorpora a ese conocimiento vital y personal los sucesos de su autobiografía que explican

²⁰ CHEVALIER, M., ha destacado que sólo el 20 por 100 de los españoles del siglo XVI sabían leer, en *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1976.

²¹ Como sostiene SIEBER, H., *op. cit.*, p. 93.

²² *La búsqueda del interlocutor y otras búsquedas*, 2.ª ed., Barcelona, 1982, p. 26.

²³ Por decirlo con palabras de GUILLÉN, C., «La disposición temporal», p. 54.

y justifican su peculiarísima situación en el «caso», centro axial de la novela. «El *Lazarillo*, por tanto, más que un relato puro es una *relación* o informe hecho por un hombre sobre sí mismo» —dice C. Guillén²⁴—, en la que «el pasado está supeditado al presente» y «Lázaro, más que Lazarillo, es el centro de gravedad de la obra».

La estructura de la autobiografía, en consecuencia, está condicionada por la selección temporal de los avatares biográficos que el «caso» presente exige, para su justificación, a la vida pasada de Lazarillo. Todo está narrado, por tanto, en función del caso medular, por lo que la selección temporal de los sucesos se va jalonando en etapas que conducen a la situación final de manera lógica y coherente.

No hay duda del bloque morfológico y temático que forman los tres primeros tratados de la obra²⁵, configurado mediante una sabia utilización de gradaciones y paralelismos internos. Lázaro ve cómo descienden gradualmente los alimentos y pasa cada vez más hambre: con el ciego come algo, sirviéndose de su ingenio; con el clérigo de Maqueda sufre mucho más y llega al extremo de ingerir unas migajas que va arañando, como si fuera un ratón, de los panecillos del arca; esta situación extremada, casi inverosímil, da genial acceso al tratado del escudero, al tercero, y con él a la falta absoluta de víveres que hay en la casa del hidalgo.

La articulación entre los tres tratados es perfecta, pues, al mismo tiempo que pasa cada vez más hambre, el de Tormes interrelaciona expresamente los capítulos, con plena y trabada conciencia de bloque unitario. Así, nada más inciar su servicio al clérigo de Maqueda, dice: «Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado.» Palabras que unen morfológica y semánticamente los dos primeros tratados. Más adelante, dentro del segundo, predice su funesto porvenir, anticipando el tercero: «yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si deste desisto y doy en otro más bajo, qué será sino fenecer». La unión de los tres tratados, anticipada en II, se confirma en III, cuando, ya mozo del escudero, al percatarse de la carencia absoluta de comida, el pícaro recuerda su predicción: «Allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo...» En el tratado tercero, en efecto, no sólo no tendrá nada que comer, sino que él mismo se verá obligado a alimentar a su pobre y noble amo, para cerrar así la medida y matizada progresión unitaria del bloque: «Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener.»

Existen además otros elementos de trabazón y articulación señalados por Lázaro Carreter, como los finales de tratado, pues en el primero, el mozo abandona al amo,

²⁴ Art. cit., p. 57.

²⁵ Como estudió magistralmente LÁZARO CARRETER, F., «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», en *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca*, Barcelona, 1972, pp. 59-92.

justo al revés que en el tercero, donde el amo abandona al mozo, y en medio, en el segundo, el amo despidе al mozo. En conjunto, pues, hay un esquema fuertemente unitario que organiza los tres tratados iniciales. El problema estructural radica en que dicho esquema no prosigue y se interrumpe, tras el tratado tercero, y no, como piensa Fernando Lázaro Carreter, porque se trata de una soldadura mal realizada entre dos tradiciones constructivas distintas, folklórica, una, y literaria, la otra, lo que origina una quiebra de la composición; sino porque, como cree C. Guillén, tras el episodio del escudero, se produce una aceleración del ritmo narrativo, originado por el hecho de que Lázaro ha consumado ya su fase de aprendizaje y se ha convertido en adulto, por lo que la autobiografía, a partir de ese momento, acentúa su criterio selectivo y relata aceleradamente los fragmentos de su vida que tienen importancia para el caso de honra final.

La primera parte concluye de manera lógica cuando el pícaro sirve a un noble y entra en contacto por vez primera con la honra hereditaria, patrimonio de la hidalguía, aunque, a causa de la pobreza de su amo, su conocimiento sea un tanto sesgado y se cimente, sobre todo, en vanas y superficiales apariencias. Lázaro no olvidará, en cualquier caso, esta lección de honra basada en el porte, la indumentaria y la presunción, impartida por un hidalgo auténtico: sus resultados aflorarán rotundamente en el caso final, en el tratado VII, al que apunta toda la autobiografía.

Además, lo cierto es que este primer bloque novelesco tiene una serie de rasgos muy marcados que le dan personalidad propia: no sólo por la graduación del hambre, su articulación novelesca y la final lección de honra, sino también porque se trata de un período en el que Lázaro es, fundamentalmente, un mendigo, ya que pide directamente limosna con el ciego, entre Escalona y Maqueda, a su llegada a Toledo, e incluso para él y para el escudero, después de entrar a su servicio, y, cuando no lo hace, sirve de mozo sólo por la comida —muy escasa, por cierto— y la cama, lo que no es más que una variante de la mendicidad. Simultáneamente, es la parte que le introduce en Toledo, donde se centrará después la autobiografía, al tiempo que el muchacho consume su aprendizaje y su maduración. Se trata de una experiencia muy negativa de la vida, pues conlleva un descenso material evidente y constante, ligado a unos amos que representan, hasta cierto punto y en síntesis, a la sociedad quinientista española, al pueblo (el ciego), a la iglesia (el clérigo) y a la nobleza (el hidalgo). Lázaro, en fin, durante esta primera fase de su autobiografía, no cambia de *modus vivendi*, y mantiene unos valores morales incuestionables, como demuestra al final, donde, pese a su hambre atroz, ayuda al hidalgo y ejerce con él la caridad, dándole de comer.

Después, todos estos elementos se modificarán, pues a partir del tratado IV, Lázaro ya no volverá a pasar hambre, dejará de ser mendigo, iniciará su ascenso material hacia «la cumbre de toda buena fortuna» y se ligará fundamentalmente a la iglesia, a miembros del clero regular y secular. Ha decidido, pues, tras su aprendizaje, cambiar de vida e iniciar un camino distinto al que llevaba antes; pero, simultáneamente a su medro

material, que se producirá a partir del tratado IV, su comportamiento moral se resentirá, y no volverá a ser caritativo, porque se envilecerá para medrar. Las modificaciones que sufre su vida, por tanto, son muy importantes. De ahí la marca estructural que separa los tres primeros tratados.

Con todo, la estructura no se quiebra, ya que otro nuevo módulo constructivo coherente organiza su ascenso. De hecho, hay otros tres tratados articulados, aunque en menor medida, que son el IV, el V y el VI. La trabazón se observa incluso visualmente, por la mera extensión del IV y el VI, ambos brevísimos, que no pasan de una página. ¿Por qué? ¿Se trata de un error? ¿Con qué objeto dividir capítulos tan cortos? No es un error, sino una llamada de atención, una marca estructural para atraer la mirada del lector sobre ellos, con el objeto de que se fije en el cambio radical que significan en la vida de Lázaro, ya que en el IV el mercedario le compra los primeros zapatos que Lázaro tuvo en su vida (hasta entonces, pues, había ido descalzo), y en el VI, con el capellán, se viste de «hombre de bien» y adquiere por primera vez sayo, jubón, capa y espada. De este modo, el lector se percata de que el pícaro está ascendiendo en la escala social y de que ese ascenso va ligado a la apariencia externa, como le enseñó el escudero, esto es, a la mera indumentaria.

La breve extensión de los tratados IV y VI, y su paralelismo constructivo, indica asimismo que ambos sirven de marco para el tratado V, el cual queda así resaltado entre dos trazos similares, para acentuar su interés. Y eso se debe a su capital importancia, realizada además por ser el único capítulo de la autobiografía en el que Lázaro no cuenta su vida, y se limita a ser espectador del engaño que su amo, el buldero, hace en un pueblo, simulando un falso milagro, con el objeto de vender las bulas. El antihéroe no participa nada en la artimaña, por lo que funciona casi como un narrador en tercera persona que relata pormenorizadamente la astuta treta del buldero. Al hacerlo, manifiesta también, indirectamente, su propia incapacidad para la vida picaresca, pues ni siquiera se da cuenta del engaño, hasta que, ya pasado, ve cómo se ríen y burlan su amo y el alguacil, los auténticos pícaros.

Lázaro de Tormes, criado del buldero, resulta tan engañado y burlado como los demás porque no está capacitado para la vida picaresca. El verdadero pícaro es su amo, no él. Realmente, durante su vida apenas si había sido capaz de burlar a un ciego, y eso a pesar de su ceguera, pues quien demostró ingenio a raudales fue el invidente, y no él; porque tampoco parece muy destacable su habilidad para ratonar los bodigos de un clérigo avariento y sacar unas migajas. En general, se trata de un exiguo balance picaresco. Cuando, finalmente, se percata de que ni siquiera es capaz de entrever las astucias del buldero, no ya desde fuera, como los lugareños, sino desde dentro, siendo su mozo, decide abandonar la vida picaresca, en buena lógica, dada su incapacidad para ella, e integrarse en la sociedad y dedicarse a trabajar.

Y así lo hace, a partir del tratado VI, donde pasa cuatro años como aguador al servicio del capellán, en los que consigue ahorrar el dinero suficiente para vestirse hon-

radamente. Por esta nueva vía llegará a su meta, con el arcipreste de San Salvador, ya en el tratado VII, alcanzando «la cumbre de toda buena fortuna», según dice.

El esquema constructivo, a partir del tratado IV, no se altera, y se encamina sin fisuras hasta el final, hacia el caso, en un ascenso material que comienza con los zapatos (IV), sigue con el vestido (VI) y culmina con su oficio real, casa y mujer (VII), e incluye la decisión de abandonar la vida picaresca (V).

De modo que, si bien menos trabada que la primera, la segunda parte del *Lazarillo* tiene indudable unidad, basada en los siguientes elementos: Lázaro elige a sus amos y no acepta, como en los tres primeros capítulos, al primero que encuentra. Deja de ser un mendigo. No pasa hambre. Va ascendiendo paulatinamente hasta llegar a subir «el primer escalón» de la «buena vida» (VI). Abandona definitivamente el camino de las tretas ingeniosas y de la vida picaresca, para vivir conforme a los cánones de la decencia usuales en la época, lo que implica, de rechazo, una visión crítica considerable de la misma. Sobre todo porque se liga fundamentalmente a una serie de amos religiosos: mercedario, buldero, capellán y arcipreste, contra los que dirige sus dardos.

La estructura de esta segunda parte del *Lazarillo* tiene, pues, cuatro tratados interrelacionados, aunque con una acumulación de registros constructivos, como corresponde a la aceleración final de la autobiografía y del ascenso. Por eso, podemos, de una parte, anotar la pervivencia del tres, conforme al esquema apuntado IV-V-VI, dentro del cual resalta el paralelismo del IV y VI para enmarcar al V; aunque esa pervivencia no es completa, ya que se trata de realzar el ascenso indumentario, de una parte, y la decisión de abandonar la vida picaresca, de otra, a partir de V, del episodio del buldero, que, en consecuencia, marca otro nuevo cambio vital de la peripecia autobiográfica, que podría llevarnos, como ha hecho Alberto Blecuá, a señalar el nuevo sesgo morfológico. En cualquier caso, el tratado VII, el caso, aparece como la culminación lógica y coherente del proceso que traza esta segunda parte, de un lado, y toda la novela, de otro, sin fisuras ni quiebras de ningún tipo.

La clerecía y la caridad en el *Lazarillo*

Nada tendría de extraño que las llamadas de atención apuntadas, que atraen la mirada del lector sobre los tratados IV, V y VI, esto es, sobre el mercedario, el buldero y el capellán, están también orientadas a que la atención del lector se dirija en bloque hacia la fase ascensional de Lázaro. ¿Con qué objeto? Para que se vea que la subida del pícaro va ligada casi exclusivamente a la clerecía, pues tiene lugar sólo cuando sirve a diversos amos eclesiásticos. Y, de este modo, se note que la crítica más dura del relato se proyecta asimismo sobre los religiosos, y no tanto por las acres censuras que se realizan sobre cada uno de ellos, sino, sobre todo, porque el ascenso material y social del protagonista lleva anejo un simultáneo y marcado descenso moral. ¿En qué sentido benefician al pícaro, pues, los clérigos?

Durante la primera fase de la autobiografía (I, II y III), pese a estar claramente condicionado por una herencia biológica envilecida, pese a sufrir una experiencia de la vida completamente negativa, llena de malos tratos, humillaciones y hambre, Lázaro de Tormes conserva en su alma una serie considerable de valores morales cristianos y mantiene un evidente respeto por los usos sociales de la época. De hecho, es un mendigo ejemplar, que, como pedían los teóricos de la beneficencia, sólo pide limosna cuando no tiene amo, ni dinero, ni qué llevarse a la boca; pero que, en caso contrario, aunque sufra un hambre atroz, como le sucede mientras está al servicio del clérigo de Maqueda, jamás mendiga, actuando así conforme a las recomendaciones de fray Domingo de Soto, en su *Deliberación en la causa de los pobres* (Salamanca, 1545)²⁶. De manera semejante, el muchacho alimenta al escudero, al percatarse de su apetito, sin humillarlo, siguiendo en ello los consejos de Luis Vives, según los cuales no se debía esperar a que los nobles manifestaran sus necesidades, por respeto a su condición social, sino que habían de adivinarse y socorrerse discretamente.

Lázaro, además de ejemplar como mendigo y como mozo, es caritativo con el hidalgo, lo que implica su bondad y su calidad cristiana, ya que, según los erasmistas, la principal virtud del cristiano era la caridad. Dice, por ejemplo, Juan de Valdés: «caridad no es otra cosa sino amor de Dios y del prójimo, [...] *sin ella no podemos ser cristianos* [...] la prefiere San Pablo a la fe y a la esperanza» (*Diálogo de Doctrina Christiana*, 1529). Junto a él, únicamente las «mujercillas» toledanas que le socorren y alimentan ejercen la caridad en la autobiografía. Al contrario de sus amos, al contrario de los ricos y poderosos, que no practican nunca esta virtud fundamental del catolicismo. De modo que no es cierto lo que dice el propio pícaro, nada más comenzar el tratado III: que «ya la caridad se subió al cielo», esto es, que en la tierra ya no hay caridad; porque al menos él y algunas mujeres de su misma clase social son caritativos. Pero no lo son, harto significativamente, los clérigos. ¿Es que los sacerdotes no son cristianos?

Más adelante retomaremos el asunto. Veamos ahora las implicaciones sociales de este peculiar ejercicio de la caridad. Porque lo cierto es que, visto desde los numerosos esfuerzos por reformar la mendicidad que se hicieron en la España del siglo XVI, resulta iluminador, ya que, como ha dicho Molho, «parece así que la sociedad de los ricos se excluye de la caridad y que, en definitiva, ésta es asunto de los pobres y que no se trata más que entre pobres». Lo cual, frente a los abundantes escritos y proyectos que pretendían reformar la beneficencia²⁷, significa que el *Lazarillo* toma partido y adopta una postura diferente, haciendo una «discreta réplica —en palabras de Mol-

²⁶ Como ha señalado MOLHO, M., *Introducción al pensamiento picaresco*, Salamanca, 1972, p. 37.

²⁷ Realizados, ya por la Administración, en virtud de distintas leyes como la del Consejo Real, hecha pública en 1545, por ejemplo, según la cual no se permitía que los pordioseros pidieran limosna fuera de sus lugares naturales de origen, y aun en éstos debían llevar una cédula de identificación que los acreditara como pobres auténticos; ya por teólogos y humanistas, en tratados que van desde el *De subventionem pauperum*, de Luis VIVES, hasta el *Amparo de los legítimos pobres y reducción de vagabundos*, de Cristóbal PÉREZ DE HERRERA,

ho²⁸—, no menos pesimista que cristiana, al comentario de los doctos sobre la organización de la beneficencia»: no es una cuestión de leyes, ordenanzas, pragmáticas ni tratados, viene a decirnos el autor de la novela, sino más sencilla y más grave, dado que quienes debían soportar el peso de la caridad, los ricos, no lo hacen, y todo se reduce a un asunto entre pobres, por lo cual, a partir de semejante premisa, cualquier reforma de la mendicidad está condenada al fracaso.

En cuanto a la capacidad de Lázaro para ejercer la caridad, a pesar de las adversas circunstancias de herencia y ambiente que rodean tal ejercicio, resulta clave para la evolución de su vida, pues coincide con la fase final de su aprendizaje, con el conocimiento de la honra y con el final de la primera parte de la autobiografía, en el tratado tercero, a fin de mostrar que tanta acumulación de elementos negativos no había alterado su bondad ni su calidad humana. Sin embargo, a partir de ese momento, comienza su ascenso material, se relaciona particularmente con la clerecía y, harto significativamente, nunca más vuelve a ser caritativo.

Anticlericalismo y erasmismo

No es fruto de la casualidad que, cuando la mayor parte de sus amos son religiosos (mercedario, buldero, capellán y arcipreste), es decir, cuando lo lógico sería esperar una mejoría de los valores morales y espirituales del antihéroe, se produzca una evolución contraria y el personaje vaya haciéndose cada vez más inmoral, paradójicamente, a medida que va ascendiendo en la escala social y mejorando sus condiciones de bienestar material. La consecuencia que se extrae de ello es evidente: los clérigos, en vez de moralizar cristianamente, como es su deber, inmoralizan al joven. La clerecía, por tanto, incumple sus deberes espirituales, ofrece ejemplos inmoralizantes y, en vez de educar, deseduca y malogra las virtudes naturales del muchacho. Curiosamente, le ayuda en su medro material, porque sí ofrece, en cambio, ejemplos evidentes de apego a las cosas materiales y físicas, incluidas el dinero y las mujeres.

Nada tiene de extraño, pues, que el primer *Índice* de libros prohibidos de la Inquisición española, el de Valdés, prohibiera el *Lazarillo* en 1559, ni que un librero emparedara la recién descubierta edición de Medina del Campo de 1554, junto a otros libros perseguidos, por miedo al Santo Oficio, en Barcarrota, un pueblo de Badajoz. Cuando el libro volvió a publicarse, en 1573, lo hizo expurgado de frases irreverentes y sin dos de sus tratados originales, el IV y el V, que fueron suprimidos totalmente. Obvio es decir que el anticlericalismo de la obra no había pasado desapercibido a los inquisidores.

ya en la época de Felipe II, pasando por una larga serie de escritos de de fray Domingo de Soto, fray Juan de Robles, y un largo etcétera.

²⁸ *Op. cit.*, p. 41.

El *Lazarillo* describe una situación de la clerecía necesitada de reforma, al decir de los erasmistas, pues resulta muy parecida a la que describe, por ejemplo, Juan de Valdés en su *Diálogo de Doctrina Christiana*: «como no se mira nada [...] en el que se viene a ordenar, no hacen sino hacer clérigos. [...] Y como crecen los clérigos, y también los frailes, cresce el desconcierto y mal vivir dellos. Y los legos toman de allí ocasión de ser ruines; y así va todo perdido». Pues no hay duda de que la novela relata, al menos en parte, el caso de un lego, Lázaro de Tormes, perdido por el mal ejemplo de los religiosos, entre otras razones.

Es muy significativo que cinco de los nueve amos que Lázaro tiene en su autobiografía sean eclesiásticos, y que todos sean criticados. El clérigo de Maqueda (II) es un arquetipo de avaricia y de falta absoluta de caridad, pues sólo piensa en evitar que su mozo le hurte media blanca, y en comer a costa de los demás, si es posible, dejando a su criado los huesos de las cabezas que él come para que los roa, como si fuera un perro. Este religioso sería muy criticable, desde una óptica erasmiana, a causa de que su avaricia egoísta prima sobre cualquier otra consideración, y es para él una suerte de ídolo interior. Juan de Valdés no se olvida de censurar a los que son como él y de atacar «aquella bestia insaciable del avaricia, la cual dice el Apóstol que es raíz de todo mal; y también dice que es *el avariento idólatra*».

El buldero (V), por su parte, responde expresamente al tipo de espiritualidad externa, idolátrica y milagreira que los movimientos de reforma de la espiritualidad quinientista querían suprimir, desde un concepto interiorizado y auténtico de la religión. El echa-cuervo es un hipócrita y falaz burlador que engaña al pueblo con un supuesto milagro de Dios, en realidad burdo truco fingido y falso, guiado por el único fin de vender bulas y de medrar. Su triunfo indica la mentalidad religiosa milagreira del vulgo, fruto de las enseñanzas religiosas de clérigos como él, necesitados, por tanto, de reforma urgente. Y es que, como dice Juan de Valdés, el buldero pertenece a los religiosos que mueven al «pueblo a unas devociones, no sé qué tales, les predicán en púlpitos y fuera dellos *no sé qué milagros falsos*, y les cuentan cuentos y cosas falsas y mentirosas; y todo teniendo respeto a sus intereses malditos y diabólicos. De los cuales dice el Apóstol [San Pablo] que *su dios es el vientre* [...] y de cristianos solamente tienen el nombre».

Sobre el fraile de la Merced (IV) se arrojan acerados dardos críticos, pues en dos trazos se le describe como libertino, mujeriego, poco dado a la oración y mucho a los «negocios seglares», e incluso puede que como sodomita. No sale mejor parado el capellán (VI), verdadero precapitalista, que explota descaradamente los sudores del antihéroe —no olvidemos que tarda cuatro años en ahorrar el dinero suficiente para comprarse ropa vieja y usada—, y se sirve de la iglesia para sus negocios, por lo que, según el *Evangelio*, entraría dentro de los comerciantes expulsados del templo de Jerusalén por Jesucristo. El arcipreste de San Salvador, en fin, además de estar amancebado con una barragana, casa a Lázaro con ella, para mantener sus relaciones sexuales a

salvo de murmuraciones, con lo cual, además de un delito de adulterio, está cerca de cometer sacrilegio, dado que el matrimonio es un sacramento.

El anticlericalismo del *Lazarillo*, en consecuencia, es obvio. Ahora bien, ¿a qué se debe? ¿Cuál es su motivación ideológica? Podría ser, como pensaba Bataillon, un anticlericalismo medieval, sin verdadera fuerza reformista, meramente tópico y carente de otras motivaciones que no fueran las de la mera denuncia moral. Sin embargo, no parece muy probable, dada la prohibición inquisitorial de que fue objeto el libro, sobre todo porque, como estudió Molho²⁹, una anécdota anticlerical que fuera intrascendente en la Edad Media, donde no implicaba ataque alguno contra la Iglesia, situada en el siglo XVI, en el contexto de los abundantes movimientos de reforma espiritual de la época, tras la de Lutero, tenía un significado diferente y mucho más crítico. No hay que pensar, desde luego, en luteranismo de ninguna clase, ni en elementos de judaísmo, porque el concepto religioso de la obra es siempre ortodoxo y católico, como ha estudiado García de la Concha³⁰; pero sí en la visión crítica de un erasmista, de un reformador que desea cambiar el comportamiento de los clérigos desde dentro de la ortodoxia.

El ataque contra la clerecía puede aclararse bastante si pensamos en un autor humanista familiarizado con el erasmismo; y ello porque todos los religiosos que aparecen en la obra pueden encuadrarse dentro de la máxima erasmiana: «*Monachatus non est pietas*», dado que, en verdad, son sacerdotes ajenos a la piedad cristiana. Y también, porque el tema central de la caridad cristiana nos conduce a la misma interpretación, ya que ninguno de los amos eclesiásticos de Lázaro es caritativo, a pesar de su condición de cristianos sobresalientes, de ministros de Dios. Antes al contrario, son religiosos egoístas, avariciosos, ambiciosos y lujuriosos, completamente ajenos a la virtud máxima para el erasmismo, a la caridad. Recordemos que, como decía Juan de Valdés, «sin ella no podemos ser cristianos». Y, según esto, ninguno de los clérigos de la novela serían cristianos. De ahí el chiste que hace *Lazarillo*, diciendo que «la caridad se subió al cielo», porque la caridad era, según la época, *scala coeli*³¹, «escala para subir al cielo», y, como nadie quería usar de tal escalera, ella misma se subió; pero, ¿no es la virtud esencial del cristiano? ¿No son cristianos los sacerdotes? Si para los humanistas cercanos a los movimientos de reforma espiritual del siglo XVI los «verdaderos cristianos» debían ser «legítimos y no fingidos, evangélicos y no ceremoniáticos, espirituales y no supersticiosos» —conforme a la autorizada voz del autor del *Diálogo de Doctrina Christiana*—, y poner «la cristiandad en la sinceridad del ánimo, y no en solas apariencias exteriores», resulta palmario que ninguno de los religiosos del *Lazarillo* es un cristiano auténtico, pues todos tienen *ídolos interiores* —por seguir la terminología de Juan de Valdés—, como la avaricia, la gula, la lujuria y la ambición; ya que «hay [...] dos maneras de idolatría, una es exterior y otra interior. La exterior es adorar un madero, una piedra,

²⁹ *Ibid.*, p. 43.

³⁰ *Nueva lectura del «Lazarillo»*, pp. 174 y ss.

³¹ Así reza, por ejemplo, en la portada del magnífico y barroco Hospital de la Caridad de Sevilla.

un animal; [...] la interior [...] es cuando el hombre [...] deja de adorar exteriormente estas criaturas, pero en lo interior tiene puesto su amor y su confianza en ellas».

La honra, la nobleza y el erasmismo

El pensamiento erasmiano está también presente en la crítica de la honra que hace el *Lazarillo*. De hecho, el propio pícaro censura el honor del escudero desde esta perspectiva religiosa innovadora, cuando dice: «¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debéis Vos tener por el mundo derramados que padescen por la negra que llaman honra lo que por Vos no sufrirán!» Coincide así con Alejo Venegas, en su *Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo*, donde dice que: «El triunfo mayor de la razón es vencer al *ídolo mayor*, que en castellano se dice *qué dirán*.» Y con Juan de Valdés: «Poca santidad es, a la verdad, no hincar las rodillas a las *honras*, ni a las riquezas, ni a otras criaturas, si por otra parte les ofrecemos nuestros corazones [...], que esto no es otra cosa sino adorar a Dios con la carne [...] y adorar interiormente a la criatura con el espíritu.» Y con Antonio de Torquemada, en sus *Coloquios satíricos* (1553), en el VI de los cuales, «que trata sobre la vanidad y la honra del mundo», dice: «la más verdadera definición será *presunción* y soberbia y vanagloria del mundo [...], porque todos los que quieren y procuran y buscan honra van fuera del camino que deben seguir los que son christianos» (fol. cxiv, v.º). Nuestro pícaro, en efecto, también «quisiera que no tuviera tanta *presunción*» el escudero.

De modo que, incluso el honor, tema clave de la autobiografía, se ve desde la perspectiva erasmista y espiritual. Aparte, claro está, de la crítica puramente social de un concepto de la honra basado en meras apariencias superficiales: vestido limpio y planchado, porte, arrogancia, cortesía, simulación de haber comido, con un palillo entre los dientes, etc. La censura contra el escudero, a causa de que tiene todos estos rasgos de vana presunción, se justifica además porque él mismo, noble al fin y al cabo, pone en solfa y cuestiona la supuesta superioridad social y moral de la aristocracia, ya que denuncia a los caballeros y señores de rango superior al suyo, cuando dice cómo pretende entrar a su servicio y actuar hipócritamente, al tenor de su bellaquería, con servilismo, engaño y fingimientos aduladores. Así, desautoriza a la nobleza entera, y no sólo a la hidalguía. De hecho, este personaje —al igual que sucede con los clérigos y por los mismos motivos— no tiene nombre propio y es simplemente llamado escudero, esto es, hidalgo, porque su función es representar a todos los de su clase social, que constituye la más baja escala de la nobleza, para criticarla, e incluir en la diatriba a la nobleza en general, desde dentro de ella.

Sin embargo, el escudero no es sólo un personaje negativo, sino también muy positivo, dado que es el único amo de Lázaro que le trata bien, con respeto y consideración. Y es que, junto a la visión crítica de la hidalguía, debida a motivaciones tanto sociales

como de espiritualidad erasmista sobre el concepto de la honra, tal y como acabamos de ver, aparece, justo al contrario, con la misma claridad y rotundidad, su defensa, al menos la de este escudero, ya que Lázaro encuentra en él, por primera y única vez en su autobiografía, la dignidad humana, la bondad y la consideración debida. El hidalgo no le maltrata, no se burla de él, ni es egoísta o avaricioso, pues si no le da de comer es porque «nadie da lo que no tiene». Y, en perfecta correspondencia, el muchacho saca a relucir lo mejor de su personalidad, y llega incluso a compartir con él su comida, pese a su hambre, mostrándose caritativo y cristiano, como hemos visto. La mutua relación que se establece durante unos días entre amo y mozo es insólita, por noble, cristiana y humana, en la obra. Lo que el antihéroe no encontró, ni encontrará jamás en ningún clérigo, lo encuentra, significativamente, en un hidalgo pobre.

Y ello es así, porque también el erasmismo defiende, aunque sólo desde una óptica mundana, social y laica —no desde la espiritual—, la honra como algo muy positivo y beneficioso. Torquemada dice: «porque yo no veo en el mundo cosa que en más se deba tener y estimar que la honra»; Juan de Valdés, por su parte, hace la siguiente reflexión, del mismo tenor: «considerando que destas cadenas con que están ligados los hombres, la más fuerte es la honra del mundo, porque más fácilmente pospone la conciencia que la honra, vengo a entender que los hombres que atienden a la honra del mundo, porque se atan con la más fuerte cadena, son entre los otros hombres del mundo los menos viciosos y los menos licenciosos». Así pues, tanto en su visión positiva de la honra mundana, laica y social, como en su visión espiritual negativa de la honra en relación con Dios, el pensamiento erasmista resulta, en cualquier caso, iluminador, y muestra que el *Lazarillo* se encuentra en su órbita.

Lázaro/Vuestra Merced y la interpretación del «*Lazarillo*»

El significado de la novela es dual por propia definición, ya que el prólogo establece dos niveles diferentes de interpretación, cuando menos, según los lectores «ahondaren» o no en su visión del texto: «pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite». En principio, la diferenciación parece apuntar hacia un sentido cómico y divertido («deleite»), de una parte, y hacia una lectura más profunda y crítica, de otra. Sin embargo, la riqueza de la narración es todavía más amplia, e incluye más de dos interpretaciones, como veremos.

Es verdad que se leyó en su época como una obra festiva, que provocaba la risa con facilidad —y que la sigue provocando—, como demuestra la primera traducción francesa, cuyo título incorpora dicha interpretación divertida: *L'histoire plaisante et facétieuse du Lazaro de Tormes, espagnol*. Las ingeniosas tretas del vino y la longaniza, con el ciego, o la peripecia de «la casa donde nunca comen ni beben», con el escudero, y otras muchas avalan esta lectura cómica. Pero también es cierto que sus contem-

poráneos captaron el significado crítico del libro, sobre todo con respecto al clero, lo que hizo que la Inquisición lo prohibiera en 1559, y que un librero atemorizado empaquetara la edición de Medina del Campo, por esas fechas. Ambas lecturas, la seria y la divertida, conviven, pues, separadas o entremezcladas, entre los coetáneos.

Con todo, la clave interpretativa múltiple del *Lazarillo* reside en la dialéctica que se establece entre el punto de vista de Lázaro y el de Vuestra Merced, como adelantábamos al comienzo de este trabajo, dado que cada uno expresa previamente un interés distinto por el mismo caso de honra y, con él, por el ascenso del pícaro. Lázaro insiste en haber accedido a «la cumbre de toda buena fortuna», y se pone a sí mismo como ejemplo de los que han sabido «subir siendo bajos» (I), de los que han conseguido salir «a buen puerto» (prólogo), aunque siempre dirige esta apreciación suya, de orgullo satisfecho, a Vuestra Merced, y la somete a su lectura, a sabiendas de que no coincide, de que su interpretación es distinta. El lector, por su parte, se ve conducido por el esquema de la autobiografía a situarse en la perspectiva de Vuestra Merced, con lo que el enfrentamiento entre apreciaciones o valoraciones distintas es obligado.

El antihéroe se considera, en el caso, a la conclusión de su relato, honrado y en un estado plenamente satisfactorio, aunque, visto desde el destinatario de la epístola, su estado sea el de un simple pregonero, el más bajo de los oficios reales, deshonorado a todas luces. Él piensa que ha medrado mucho en la escala social, pero Vuestra Merced no lo acepta. ¿Realmente, ha ascendido? ¿Tanto ha mejorado de situación como para considerarse «en la cumbre de toda buena fortuna»? Desde su punto de vista, desde su origen vil y su experiencia de la vida, es cierto que ha mejorado bastante en lo material, dado que ya no pasa hambre, va vestido de «hombre de bien», tiene oficio, casa, mujer —aunque compartida— y, a su parecer, incluso honra. Desde el punto de vista de los hombres con honor verdadero, en cambio, desde el de Vuestra Merced, que es también el de los lectores con honra de la época (casi los únicos, porque los demás apenas sabían leer), no es admisible, pues su mujer sigue siendo la barragana del arcipreste, con la aceptación gustosa del pícaro: tal es el peculiar caso de honra que constituye el centro de la obra. Los dos puntos de vista diferentes, las dos maneras distintas de interpretar el caso, en consecuencia, condicionan la interpretación de la novela de manera decisiva.

El «caso» según Lázaro de Tormes: la crítica sociomoral

Lázaro cree estar en la mejor situación posible, pese a que su deshonor es evidente para todos. Su insistencia en tener honra, por consiguiente, es inaceptable a los ojos de los demás, pues choca frontalmente con el concepto habitual del honor en el siglo xvi. Pero, ¿y a los suyos? ¿Él se percata de tal incongruencia? ¿Es consciente de su contradicción? No, el pícaro no reconoce su deshonor, porque desde su punto de vista

no hay tal: por eso interpreta el caso como toda su vida, para contarla entera y explicar así su perspectiva; a sabiendas de que el caso, aislado y solo, implica una interpretación distinta y claramente deshonrada. Pero no sucede lo mismo si se ve como el resultado final de una experiencia muy particular de la vida, y se interpreta desde esa vivencia concreta.

La ironía que define al pícaro cuando sostiene su honra contra la realidad y contra la evidencia se halla, manipulada por el autor real de la novela, no en la perspectiva de Lázaro, sino en la del lector honrado de la época, con la que se confronta obligadamente la del pícaro, en virtud del genial juego existente entre los dos puntos de vista diferentes de la carta: el del emisor y el del interlocutor.

Lázaro acaba su autobiografía con un punto de vista chocante para los demás, contradictorio para todos, sin duda, pero no para él, porque así, como él sostiene, le han enseñado a ver el mundo sus «maestros», sus diferentes amos. Él es el resultado de una sociedad invertida, donde todo está trastocado, y los religiosos no viven cristianamente, ni los hidalgos con nobleza y honra auténticas. Nada más lógico, pues, que su visión sea la que es. Si todo está al revés, también es natural que la mentalidad del antihéroe esté revesada.

Su experiencia de la vida le ha creado una visión errónea de la moral, según la cual, como demostró Wardropper³², «lo bueno» y «la bondad» se identifican con «lo conveniente» y «lo provechoso». Lázaro, igual que hiciera su madre, decide «arrimarse a los buenos», esto es, al arcipreste de San Salvador, entendiéndolo por tal actitud «asegurarse el bienestar material». Un amo es bueno cuando le da de comer y no le maltrata; su mujer es «la bondad» porque le da cama y comida.

Lo mismo sucede con la honra. El escudero le enseñó que era pura apariencia superficial, basada en los vestidos o el porte, y carente de autenticidad, y él, en consecuencia, creyó estar honrado sólo con vestirse de la indumentaria adecuada, «porque —como dice Torquemada— una de las cosas con que los hombres andan más honrados es con andar muy bien aderezados y vestidos» (*Coloquios satíricos*, fol. ci r.º). Su interpretación es parcial y equivocada, sin duda, pero explicable. Al final, para acentuar hasta el límite su viciado entendimiento del honor, el arcipreste del caso le dice, con ocasión de las murmuraciones sobre el adulterio de su mujer, que «ella entra (en la casa del clérigo) *muy a tu honra* y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho». Y así lo interpreta Lázaro, entendiéndolo el honor como provecho material, y desoyendo habladurías.

Tan errada concepción del honor y de la ética es consecuencia de una educación deformada y de una experiencia de la vida igualmente sesgada, en la que sólo ha visto ambición, avaricia, egoísmo y lujuria. La enseñanza es aún más nociva por el hecho de proceder, en su mayor parte, de religiosos, dado que esa misma procedencia explica

³² «El trastorno de la moral en el *Lazarillo*», *NRFH*, 15 (1961), pp. 441-447, y VILANOVA, A., «Lázaro de Tormes como ejemplo de una educación corruptora», en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, 1989, pp. 180-236.

bien la lógica de su punto de vista, pues los eclesiásticos debían ser y eran el ejemplo vivo de la sociedad española quinientista. Si ellos hacen lo contrario de lo que deben y son antiejempos, la responsabilidad es suya, no del pobre muchacho. Él se contradice porque el ámbito de su existencia es contradictorio. No se da cuenta de su deshonra ni de su inmoralidad, porque no ha conocido la autenticidad de tales valores en la España que ha vivido, porque, en definitiva, para él no existen la verdadera moral ni la verdadera honra. Para él sólo tiene realidad su errada visión.

Lázaro, en consecuencia, no es responsable de su equivocación, de su inversión de la honra, porque así se lo han enseñado. De este modo, su error es achacable a sus maestros y a la sociedad que los acoge, a la que, asimismo, revierte la responsabilidad de la deseducación del muchacho. La ironía y el sarcasmo que afectan al pícaro en el peculiar caso de honra se proyectan, por tanto, también sobre la misma sociedad que ha causado tan flagrante contradicción. De este modo, se dibuja una sociedad confusa, que incluso lleva a malinterpretar su código rector: la honra. Nada tiene de extraño, así, que también sea inmoral y, lo que es más grave, inmoralizadora. Pero no se detiene ahí la dura diatriba, pues aún hay algo más censurable, ya que se trata de una España en la cual soportan el peso principal de la inmoralización y de la inversión del honor —paradójica y trágicamente, por sus consecuencias morales y sociales— aquellos que deberían servir de modelos ejemplares: los religiosos. En consecuencia, la reforma urgente de la institución eclesiástica, y con ella la de toda la sociedad, se induce claramente de la novela, pues si los que deben predicar con el ejemplo son modelos de viciosos anticristianos, como decía Juan de Valdés, «va todo perdido» y no hay solución.

De hecho, el *Lazarillo* describe una sociedad en la que todos se ven obligados a «prostituirse» de algún modo, como hace Lázaro para sobrevivir y medrar, sin duda, pero también como hubiera hecho el hidalgo, si hubiese entrado al servicio del un noble superior, a juzgar por su programa, y como hacen verdaderamente, sin sentido figurado, todas las mujeres que aparecen en la obra, desde la madre del pícaro, hasta su propia mujer, pasando por las mujercillas que llaman «pariente» al fraile de la Merced o las damas que coquetean con el escudero en las riberas del Tajo³³.

Para mayor acritud y dureza de la denuncia sociomoral, esta España quinientista, doliente, inmisericorde, inmoralizante y deshonrada de Lázaro de Tormes encuentra su contraste radical y su paradoja histórica tremenda en las victoriosas cortes que el emperador Carlos V celebra en Toledo y sirven de broche magistral a la impar novela, pues coinciden con la llegada del antihéroe a la cúspide de su más que discutible ascenso. De este modo, en la última mueca sarcástica de la novela, se dan la mano dos Españas opuestas y confrontadas, la España oficial, gloriosa y triunfante, la España «histórica» del imperio y de las victorias guerreras, por utilizar términos de Unamuno, y la España

³³ Vid. YNDURÁIN, D., «Algunas notas sobre el "Tractado Tercero" del *Lazarillo de Tormes*», en *Studia Hispanica in Honorem Rafael Lapesa*, Madrid, 1975, III, pp. 507-517

sufriente, cotidiana y miserable, la España «intrahistórica». O, lo que es lo mismo, Lázaro de Tormes, en la deshonrada e inmoral «cumbre de toda buena fortuna», y Carlos V, ya emperador del Sacro Imperio y reciente vencedor de la Batalla de Pavía. El contraste no puede ser más cruel ni más sangrante. La genialidad artística de quien lo concibió llega así a su culminación, con una guinda artística espléndida, que representa además un análisis histórico lúcido y brillante de la cara oscura y doliente de la singular España en cuyos dominios no se ponía nunca el sol.

El «caso» según Vuestra Merced y los lectores: la polisemia del «Lazarillo»

Desde la perspectiva de Vuestra Merced y de los lectores con honra de la época, desde su altura social y moral muy superior, era imposible compartir el punto de vista de Lázaro de Tormes, indudablemente deshonrado, a ojos vistas, para ellos. De hecho, el caso que interesa a Vuestra Merced no afecta a toda la vida del antihéroe, sino únicamente a su errada concepción de la honra. ¿Cómo sostiene su honor un individuo al que su mujer le engaña cada día? Desde un óptica señorial y noble, honrada en cualquier caso, Lázaro de Tormes no tiene una pizca mínima de honra y está absolutamente deshonrado. El esquema de la carta, en virtud de la obligada relación emisor-destinatario, así lo exige, dada la diferencia social, moral, cultural y de honra que existe entre uno y otro. Porque lo cierto es que Lázaro no dirige su autobiografía a los seres de su nivel ético-social, a los que podrían situarse en su lugar y entender su punto de vista, sino a individuos de categoría muy superior a la suya. Y lo hace así (el autor real, claro está) para que el contraste sea rotundo, y de él surja una dialéctica de lectura que implique enfrentamientos de puntos de vista diferentes. O, lo que es lo mismo, para que la interpretación de esta genial novela resida, finalmente, en el que lee, y sea, por ello, necesariamente polisémica, según la situación de cada lector.

Ello hace que, en el siglo XVI, prácticamente nadie pudiera aceptar el ascenso del muchacho, a causa de su palmaria deshonra. Para los lectores de la época, en ningún caso sería aceptable la subida de Lázaro a la «cumbre de toda buena fortuna», aunque por razones distintas, como ha apuntado Rico, según su concepto de la honra y su posición social. Para unos, los más tradicionales y medievalizantes, los que cifraban la honra en el linaje y en la herencia de sangre, Lázaro no ha ascendido ni podría ascender nunca, a causa de su origen vil. Para otros, los más modernos, para los humanistas, defensores la superioridad de la honra nuevamente adquirida sobre la heredada, la del *homo novus*, Lázaro tampoco ha subido, porque para acceder a la honra es necesario ejercer la virtud, y él no lo ha hecho. Para todos, en fin, sería inaceptable su ascenso.

Lázaro, ya desde el prólogo, y para que los lectores quinientistas no tuvieran dudas,

aclara sus intenciones, al apoyarse en Cicerón, ejemplo máximo para el Renacimiento de «hombre nuevo» que accedió a la magistratura romana y a la gloria literaria por sus propios méritos, pese a su origen humilde. Él quiere ser «como otro Tulio», y explica que todos hacen lo mismo: el soldado que arriesga su vida sólo por lograr la gloria, el predicador que busca las alabanzas por su sermón o el noble que persigue la lisonja, aunque ejercite mal las armas. Sin embargo, su deseo de gloria aparece así acompañado de tres casos errados, en opinión de los humanistas, guiados más por el deseo de alabanza que por el ejercicio de la virtud. «Al situarse junto a ellos, Lázaro trata de elevarse pero lo cierto es que quedan degradados los cuatro»³⁴.

Unos y otros, en suma, rechazarían el ascenso y la honra de Lázaro, porque el punto de vista del héroe narrador resulta obligadamente discutible. La fórmula novelesca presupone un rendimiento literario riquísimo, ya que se plantea un caso errado y claramente replicable, dirigido expresamente a los que piensan en el sentido de la réplica, esto es, un caso de deshonor y adulterio indudables, complacientemente consentido, además, dirigido a lectores que tienen honra; un caso de ascenso encaminado a los que ya están arriba. La respuesta en contra de los lectores es, por tanto, inmediata, y está buscada así explícitamente por el esquema constructivo de la novela. El *Lazarillo*, podríamos decir, mete los dedos en la boca del lector, a sabiendas de lo que suele suceder en tal caso.

Y lo hace, además, con plena conciencia de que el punto de vista único puede ser fácilmente erróneo, dado que así le acaece al propio Lázaro cuando cree que el escudero ha de tener comida en su casa, y se equivoca por completo. De este modo, la perspectiva individual de cada uno se muestra claramente condicionada por su situación social, moral, ideológica, cultural, etc. Él se confunde porque tiene hambre y ese deseo le lleva a malinterpretar la apariencia externa del hidalgo. Pero eso implica que cualquier lector también se puede equivocar, porque el punto de vista individual de cada uno puede ser engañoso, en virtud de las necesidades y apetencias personales de cada cual. La polisemia, en consecuencia, al depender de la experiencia biográfica, no excluye el error. Lázaro, obvio es decirlo, se atiene al suyo, pero muestra que lo mismo puede suceder a sus lectores.

De ahí la grandeza artística del *Lazarillo*, pues un punto de vista único implica muchos otros, en el momento de la lectura, y en general opuestos a los del narrador, aunque con la certeza implícita de que es la vida quien condiciona la recepción literaria, hallazgo en el que ahondará magistralmente Cervantes. Así, en virtud de la coherencia del punto de vista del antihéroe y del esquema epistolar, hace su entrada en la novela la polisemia, con una riqueza de significados que se concreta en el momento mismo de la lectura, en virtud de una dialéctica interpretativa de puntos de vista enfrentados,

³⁴ En palabras de YNDURÁIN, D., «El renacimiento de Lázaro»; *vid.*, además, TRUMAN, R. W., «Lázaro de Tormes and *Homo novus* Tradition», *MLR*, 64 (1969), pp. 62-76.

que no excluye el error. La novela, de este modo, se hace en la lectura, pues sólo en ella encuentra su sentido pleno, traspasando los límites de la literatura para hacerse vida. Una lección tan espléndida de modernidad literaria no pasó desapercibida para Cervantes, que la llevó hasta sus últimas consecuencias literarias y novelescas en el *Quijote*.